

el día, á pesar del encarnizamiento de los Austriacos, á quienes impidió de salir de Lœsinig. A las doce se verificó el grande ataque del centro. Probstheyda, donde se defendian Belluno y Lauriston, fue acometido con tanto vigor por el príncipe Augusto de Prusia, que por dos veces perdieron la posicion; pero era tan importante la ocupacion de aquel puesto, que el mismo Napoleon en persona mandó se hiciese una última tentativa, y logró arrojar definitivamente de allí á los Prusianos. Stœttertitz que era el cuartel general del Emperador, y donde se habia replegado Macdonald, resistió á las tropas de Ziethen y de Beningsen, y fue incendiado por su artillería. Eran las cinco de la tarde, y queriendo Napoleon poner fin á aquel terrible ataque del centro, mandó colocar sus reservas de artillería sobre la corona de Probstheyda, y consiguió rechazar al enemigo al valle. Schwartzemberg, rechazado por todas partes, coronó igualmente de una artilleria formidable la altura opuesta. De una y otra parte caia la muerte en los dos ejércitos inmóviles, sin que pudiera libertarse de ella ni el valiente ni el cobarde. Este estúpido sacrificio de la disciplina militar,

contra la que el honor prohíbe al último soldado la menor queja, debe parecer sin contradiccion la prueba mas completa del grado de servidumbre que la tiranía de las instituciones puede imponer á las facultades físicas y morales de la multitud. Esta gran destruccion sin gloria y sin pasion cortó el hilo de la vida á una porcion de soldados de ambos campos, hasta que, llegada la noche, trajo consigo la obscuridad necesaria para que no continuase la carnicería.

Empero la batalla tenia todavía dos teatros, pues que el príncipe real de Suecia y el mariscal Blucher tomaron tambien parte en la accion. El mariscal Ney amenazado de ser flanqueado por el primero, cerró la línea circular que formaba el ejército frances alrededor de Leipsick, gracias á un cambio de frente concebido rápidamente y ejecutado con mucha habilidad. Entonces unas tropas de caballería é infantería sajona de la vanguardia del general Reynier, al aproximarse la caballería rusa, en vez de combatirla, corrieron á su encuentro, y ocuparon el puesto de vanguardia que acababan de abandonar en nuestras filas. Esto no era mas que el preludio de una tra-



cion en masa; porque en el momento que el enemigo se presentó delante de Paunsdorf, el resto de las tropas sajonas, que componian dos brigadas con cuarenta piezas de artillería, y la brigada de caballería wurtemberguesa, mandada por el general Normann, se pasaron al enemigo, á pesar de cuantos esfuerzos hizo su digno general para impedirlo. Este general era Zeschau, el cual fiel á su príncipe y al honor, permaneció con nosotros, con quinientos hombres de su nacion que siguieron su ejemplo. Para colmo de horror, apenas llegaron aquellos infames á cierta distancia, principiaron un fuego vivo de cañon sobre la division Durutte, que estaba en línea con ellos. Este atentado militar, el más odioso quizá de cuantos nos presentan los anales de la guerra, tenía su asilo natural bajo las banderas de un ex-mariscal frances, que acababa de dar el último golpe á su patria como príncipe real de Suecia. El enemigo mismo no pudo ocultar la indignacion que le inspiraba semejante perfidia. La conducta del ejército sajón ha podido muy bien ajar, pero no deshonorar la senectud de su venerable monarca. La defeccion de estos indignos soldados habia dejado un gran

vacío en la línea francesa, pues reducido el general Reynier á solo cuatro mil hombres, le era imposible conservar á Paunsdorf.

En el mismo instante, otro Frances, el conde de Langeron, atacaba con los Rusos el lugar de Schoenfeld, uno de los arrabales de Leipsick; por dos veces consecutivas se apoderó de él y otras tantas fue arrojado por el sexto cuerpo, el cual, saltándole las municiones, tuvo por último que ceder. Empero, habiendo mandado Ney al tercer cuerpo que relevase al sexto, Schoenfeld cayó de nuevo en nuestro poder. En este estado, Langeron hizo que todo su cuerpo de ejército acometiese, y despues de mil prodigios de valor, tuvo por último que ceder al número el tercer cuerpo, el cual abrumado por aquellas masas, evacuó el lugar. Diez mil hombres de ambas partes pagaron con su sangre la accion de Schoenfeld. El mariscal se replegó sobre Rendnitz, picándole de muy cerca la retaguardia el general Langeron.

Habiendo quedado sola la division Durutte contra el ejército sueco y el cuerpo de Wintzingerode, reforzada en breve con la division Delmas, habia conseguido desalojar á los



Suecos del puesto de Kohlgarten; pero, acometida por treinta mil hombres, no pudo resistir mas tiempo, y el enemigo continuaba su marcha sobre Leipsick. Instruido Napoleon de este peligro tan inminente, se dirigió en persona con una division de su guardia de infantería y caballería, y consiguió rechazar á los Suecos hasta su posicion de Schœnfeld. Animado el Emperador con este triunfo importante, mandó atacar á los Suecos por su izquierda, que un vacío entre ellos y el ejército de Beningsen dejaba á descubierto. Apenas habia desfilado la caballería ligera de la guardia por Mœlchau, que se halló detenida en su frente por dos divisiones que sostenian la artillería sajona y una batería inglesa á la Congreve al servicio del príncipe de Suecia. Las masas fueron las que todavía una vez hicieron ceder á los Franceses. Bulow acudió con su cuerpo de ejército, y, á pesar de los esfuerzos de nuestros valientes, se mantuvo todo el dia en los lugares de Stuntz y de Sellerhausen, de que se habia apoderado.

Blucher por su parte habia mandado atacar el arrabal de Rosenthal; pero sin buen éxito, á pesar de su tenacidad; por la tarde destacó

hacia Halle el cuerpo de Yorck, queriendo cortar la retirada de los Franceses por la orilla izquierda del Saale, que pareció indicarle la marcha de un tren considerable de bagages en la direccion de Weissenfels.

Solo la noche separó los combatientes y puso termino á la carnicería. Así dió fin la famosa batalla del 18 de octubre. Los aliados, á pesar de sus trescientos mil soldados, nada consiguieron contra Napoleon; y, desanimados con la pérdida de sesenta mil hombres, no se atrevieron siquiera á pensar en apoderarse de Leipsick á viva fuerza; no solamente podiamos defendernos, sino que aun era dudoso que el enemigo osase atacarnos. Sin embargo las municiones faltaban, pues que el ejército habia consumido, en solo los últimos cinco dias, mas de doscientos cincuenta mil cartuchos de cañon, no quedando mas que diez mil en los cajones, es decir, apenas para sostener el fuego durante dos horas. Las reservas mas inmediatas se encontraban en Erfurth y en Magdebourg; en consecuencia se ordenó la retirada. Desde el anochecer principiaron á desfilir los parques y equipages de campaña por Lindenau sobre Lutzen; aquí fue donde



Napoleon habia conseguido su primera victoria en aquella campaña; por la noche la caballería, la guardia y una parte de la infantería siguieron el movimiento retrógrado. Las dos leguas de desfiladero que hay desde Leipsick á Lindenau hacian la marcha muy penosa, porque cortado en varias partes no se habia echado ningun puente de antemano, á pesar de las órdenes reiteradas de Napoleon.

A la noticia inesperada de nuestra retirada, los aliados se llenaron de gozo, y lanzaron todas sus masas contra Leipsick. El Emperador deseaba evitar á aquella ciudad desventurada los horrores que la amenazaban; para lo cual permitió, desde el 19 por la mañana, que se intentasen todos los medios, á fin de que no se verificase el asalto y sus consecuencias. El emperador Alejandro y el rey de Prusia llegaron en aquel dia á ponerse á la cabeza de sus respectivos ejércitos. Una diputacion de la ciudad, varios oficiales del rey de Sajonia y unos parlamentarios franceses intercedieron por Leipsick; pero aquellos vencedores que no habian contribuido á la victoria se negaron con un orgullo insensible á una sú-

plica que la humanidad exigia. ¡Perezca Leipsick! aun sin necesidad, esto fue lo que los aliados se atrevieron á pensar y querer. Napoleon, tan generoso en la adversidad como en la prosperidad, como buen Frances, será mas humano para con una ciudad alemana, que los salvadores de Alemania. Entonces le dieron el riguroso consejo, aunque útil y decisivo de quemar los arrabales de Leipsick, y de mantenerse hasta el último momento en la ciudad. Aunque tenia la certidumbre de sacar las mayores ventajas de una defensa prolongada, que aseguraria la retirada de nuestro ejército y quizá restableceria las cosas, no pudo resolverse á aquel acto de barbarie. Por otra parte, algunas horas de resistencia contendrian á los aliados bastante tiempo delante de las puertas de los arrabales y del circuito de Leipsick. El Emperador montó inmediatamente á caballo y fue á consolar al rey de Sajonia. En una larga entrevista que tuvo con él, le relevó de sus obligaciones y contratos que habia hecho, instándole con urgencia, en nombre de su salvacion, á que tratase con los aliados, que sin duda respetarian en él sus canas, la virtud de que estaba adornado y la



clase á que pertenecía. No puede leerse sin emocion la escena de la última despedida de Napoleon y su anciano amigo, como le llamaba. Nada mas hermoso y patético que las palabras del venerable monarca, ocupado solamente de los peligros que rodeaban á su ilustre huésped, de quien ha recibido la corona; nada de mas grandioso que Napoleon, el cual al acercarse Bernadotte, Beningsen y Schwarzenberg, que habian entrado por tres partes en Leipsick, no cede para retirarse sino á las instancias y lágrimas de toda la familia real cuyos individuos temblaban el verle degollar en su presencia y en su mismo palacio; tal era la idea que se habia formado la corte de Dresde de la humanidad de los aliados!

Napoleon trata de salir de la ciudad vieja por la puerta de Randstadt; pero ya no es posible; precisado á retroceder, se dirige á la puerta opuesta, la de San Pedro, y sigue la ronda del Oeste para llegar al arrabal por donde se retiraba su ejército. En el tránsito reconoció por sí mismo el verdadero estado de las cosas, y llevó la atención hasta enviar al duque de Basano para tranquilizar al rey de Sajonia. La retaguardia del duque de Ragusa se

sostenia todavía delante del arrabal de Halle, que Blucher intentaba en vano forzar. Reynier ocupaba el arrabal de Rosenthal; Ney combate en los de Taucha y de Grimma con una constancia sin igual, contra los cuerpos rusos de Woronzow, los Prusianos de Bulow, y el ejército sueco; Poniatowski y Lauriston defienden del mismo modo los arrabales del Mediodía. Los contornos de la ciudad vieja, detras de nosotros, estaban intáctos y podian sostenerse durante mucho tiempo. Dos horas que hubiese durado semejante resistencia, la retaguardia se hubiera salvado y reuniéndose con todo nuestro material al ejército, al cual Napoleon habia puesto fuera de peligro.

En un momento tan crítico, en que era preciso efectuar nuestra retirada delante de varios cuerpos que atacaban á Leipsick por todas partes con furor, el Emperador da la mayor importancia al gran puente del Elster, por el que va á parar la ronda sobre el arrabal de Lindenau, recomendando la mayor atención á este puente á los oficiales de ingenieros y de artillería, que debian ser nuestra salvacion. Despues de haber dado sobre este punto las órdenes mas severas, se interpoló



en medio de la multitud en el arrabal, que tiene mas de mil toesas de largo. Habiendo llegado al último puente, el del molino de Lindenau, atravesando mil obstáculos, se apeó y colocó él mismo sobre el camino varios oficiales de estado mayor para indicar á los soldados aislados el parage de la reunion de su cuerpo, ocupándose en seguida de dar instrucciones al duque de Tarento á quien confió el mando en jefe de toda la retaguardia. Apenas acaba, se oyó una explosion espantosa, á pesar del ruido de los cañonazos que tronaban por todas partes, el rey de Nápoles y el duque de Castiglione se llegaron á él y le anunciaron que acababa de saltar el gran puente del Elster. Veinte mil hombres se hallaron separados del Emperador á causa de esta desgracia irreparable y entregados á la mayor desesperacion; los unos juran morir antes que rendirse; otros tiran las armas; otros, suponiendo tambien toda resistencia inútil, se precipitan al Pleiss y al Elster, pero para la mayor parte; las aguas cenagosas de estos ríos se convierten en un abismo donde quedaron sumergidos. El mariscal Macdonald pasa á nado, el general Durumier se ahoga.

Poniatowski contenia todos los esfuerzos de los aliados, haciendo prodigios de valor desde por la mañana; mas luego que supo que no le quedaba la menor esperanza, dijo á sus oficiales: « Ha llegado el momento de perecer » con honor, » y al concluir estas palabras se precipitó sobre el enemigo seguido de algunos caballeros; rodeado por todos lados, lleno de heridas y no pudiendo abrirse paso, atraviesa el Pleiss, se adelanta hácia la orilla del Elster, ocupada ya por tiradores rusos, mete espuelas á su caballo y se arroja al rio donde encuentra la muerte. He aquí la causa de este cruel acontecimiento; por fin ya los aliados se habian apoderado de los arrabales, el ejército frances se hallaba reunido sobre la ronda, cuando la defeccion de un batallon de Baden abandonando la puerta de San Pedro, abrió al enemigo la puerta de la ciudad por donde, muy en breve, se precipitaron varias columnas. Mientras tanto, los tres cuerpos del ejército frances que la defendian, no les quedó otro partido que el de retirarse al camino real, combatiendo siempre; la buena presencia de ánimo que manifestaban y su valor heroico hubieran asegurado su retirada, si el oficial



comisionado para la destruccion de los puentes despues de efectuado el paso por nuestras tropas , no hubiera confiado esta importante comision á un simple cabo de escuadra de zapadores. Entretanto , el fuego graneado de fusilería de los tiradores de Langeron sobre las rondas , el fuego de los Badeses y de los Sajones desde lo alto de las murallas de la ciudad vieja , desde donde estos desertores del honor y de la humanidad tiraban sobre nuestros soldados, produjeron un gran desórden alrededor del puente. El zapador , armado con la mecha fatal ; cree que el enemigo se aproxima en masa, y ejecutó la órden que tenia, destruyendo el único camino de salvacion para nuestra retaguardia que todavía contenia la fuerza superior de los aliados. Desde entonces, aquella heroica retaguardia , doscientas piezas de artillería y un material inmenso , todo fue perdido para Napoleon. Los oficiales de ingenieros no se lavarán jamás de la afrenta de un olvido tan culpable de sus primeras obligaciones; el comandante de esta arma confesó él mismo que desde el 5 al 19 hubiera habido tiempo de echar cincuenta puentes en las dos orillas ; en Wagram, solo diez horas de noche

bastaron para echar seis enfrente de los Austriacos. En atencion á esto y á tales precedentes ; que el general de ingenieros aparte como pueda la terrible responsabilidad de un desastre , que casi pesa enteramente sobre su cabeza ; á la verdad los enemigos perdieron mas de ochenta mil hombres , pero esta grandísima pérdida no compensaba la desorganizacion de nuestro ejército , la disminucion de nuestra fortuna y la ruina de nuestra influencia en Europa.

Napoleon se hallaba detrás del último puente de Lindenau, cuando ocurrió la destruccion del puente del Elster ; al momento mandó formar en batalla su guardia y colocar sus baterías , hallándose de este modo encargado de proteger hasta el Saale los residuos del ejército, el cual superior á la funesta impresion de un reves tan acervo , y á las defecciones sucesivas de las tropas de la confederacion , no dejó de combatir desde Leipsick hasta Erfurth , es decir, desde el 20 al 23, y contra fuerzas cuadrúples que las suyas. El enemigo siempre le vió el mismo, siempre digno de su gran reputacion , en Makranstadt , en Friburgo, y particularmente en Kosen. Napo-